



Comisión 2

Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

Índice

1. El Conde de Montecristo. Roberto Biscoli
2. Desplegó su arma mortal. Gabriela Gramajo
3. Sufrir en el Jardín de la República. Guillermo Isarralde
4. Oliver Twist. Pilar Lepretti
5. En el lugar equivocado. Karen Maillo
6. En el silencio de la noche. Erica Mazzeo
7. ¡Qué ganas de tomar unos mates! Ezequiel Pollero
8. Lo barato sale caro. Giancarlo Ramírez
9. El Conde de Montecristo. Juan Martín Romero

El Conde de Montecristo

Roberto Biscoli

Edmundo pasó siete años preso sin haber cometido ningún crimen; Mondego y el comisionado Villafort lo habían traicionado. En cada aniversario en prisión, sus guardianes los torturaban. Los días hubieran sido interminables si no hubiera aparecido El Padre, un cura que apareció sorpresivamente en su celda, justo cuando empezaba a enloquecer. Llevaba años cavando un túnel para escapar y ciertos errores de cálculo los llevaron a encontrarse. Ambos prisioneros decidieron unir fuerzas y continuar juntos, en busca de la tan ansiada libertad.

El joven había perdido su fe, sólo quería vengarse.

Su anciano y sabio compañero lo aconsejaba y educaba. Las conversaciones eran largas y hacían que el encierro no se apoderara de Edmundo. Su amistad se hacía más fuerte.

Una tarde, mientras terminaban el túnel, un derrumbe los sorprendió. Las rocas cayeron sobre el cura, que murió prácticamente en el acto. Edmundo escondió el cuerpo y se metió en la bolsa que habían dispuesto para trasladar al anciano. Los guardianes nunca descubrieron el plan, y lo llevaron a un acantilado. Desde lo alto, tirarían los restos del prisionero al mar.

Justo en ese momento, un custodio desde el castillo, comenzó a gritar y explicar lo sucedido, advirtiéndole a sus colegas lo que ocurría. Edmundo aprovechó el momento de confusión y, mientras caía al agua, tomó a su verdugo para llevarlo con él y trazarle en una pelea cuerpo a cuerpo.

Amaneció en la playa. Era libre y estaba listo para vengarse.

Desplegó su arma mortal

Gabriela Gramajo

Una mañana me levanté porque escuché un ruido en la cocina, el ruido era muy bajo casi imperceptible, pero yo lo escuchaba; en un momento, empecé a dudar si realmente existió ese ruido o era algo que me estaba imaginando.

La mañana era húmeda y eso hacía que el piso estuviera mojado, y yo estaba descalza, esto me producía una sensación de asco y a la vez de temor, era horrible sentir esa humedad en los pies y no saber que estaba pisando.

Me fui acercando al lugar de donde suponía que escuchaba ese débil, pero certero sonido, era como un aleteo, mezclado con un sonido que yo podía interpretar; como si se estuviera abriendo un paquete de galletitas, esas que son crujientes.

A cada paso que daba mi corazón se aceleraba, tomé una escoba para defenderme de lo que creía encontrar, mi peor fobia, una asquerosa cucaracha, el sonido venía de la alacena de arriba, que quedaba sobre mi cabeza, y esto reducía mi campo visual; Dios, pensé, no hay peor cosa que dé temor, que lo que no se puede ver.

Me subí a una silla, con la escoba en la mano, tomé coraje y abrí la puerta, sin saber que iba a suceder, sospechando que era una cucaracha.

En el momento que abrí la puerta de la alacena la vi; ahí estaba, sobre la puerta, negra brillante, llena de vigor y yo descalza, sobre una silla inestable, con la escoba en la mano, me dije: “estoy en una condición superior”, y me lancé para aplastarla con la escoba.

Cuando realicé el primer movimiento, muy lento, para evitar la reacción del asqueroso bicho, la cucaracha desplegó su arma más mortal: sus alas. Encaró todo su cuerpo hacia mi cara y en ese momento me paralicé, un frío me recorrió toda la espalda, solté la escoba, mi cuerpo se convirtió en una bolsa de cemento, perdí la estabilidad y caí al piso húmedo, desde allí pude ver como la cucaracha planeaba en el aire y se disponía a caer sobre mi cuerpo.

No pude reaccionar; sólo grité y grité, hasta que sentí que me quedaba sin voz. Ahí tomé conciencia que ya la cucaracha no estaba. Entré en pánico de no poder verla, de no saber a dónde estaba ella y donde estaba yo.

Pasaron unos minutos, hasta retomé la calma, me sentí segura y salí corriendo del lugar.

Sufrir en el Jardín de la República

Guillermo Isarralde

Noviembre 2008, temporada alta en mi vida con Boca a todas partes. De local, de visitante, a mí me iban a tener junto a mis compatriotas de la República de La Boca.

Mi lugar en la Bombonera era la tribuna de socios, la de Casa Amarilla, junto a mis amigos de Marcos Paz. Cuando tocaba afuera, salir de los límites de la provincia, los pibes de Padua eran mis aliados.

Ese sábado 22 de noviembre de 2008, de madrugada, emprendimos el viaje a la ciudad de San Martín de Tucumán. La VolksWagen Caddy furgón fue el móvil de traslado. Un colchón para dos atrás, un acompañante junto a mí. Nos esperaban 1300 kilómetros, la mayoría sobre la interminable Ruta 34, después de Rosario, y su inhóspito tramo santiagueño.

Miles de cumpleaños se había llevado Boca, pero el de mi tía más que ningún otro. Nervios por el camino. Camiones, calor, tensión. Primera parada Sunchales, Santa Fe. Nos quedaban 637 kilómetros y debíamos comer, tomar algo y seguir, pero mi nueva ruta fue el baño. Una cruel gastroenteritis llegaba para hacer el resto del día muy difícil.

Imposible la vuelta hacia el oeste bonaerense, emprendimos camino hacia La Banda. Ya en Santiago, a las 17 horas de ese sábado, sufrí con el vapor del agua hirviendo en una estación de servicio sin marca. Cálculos mal hechos de combustible, gas-oil mezclado con agua de aljibe, una pastilla de carbón para palear el mal y la ansiada llegada a la capital tucumana. Mi noche de salida previa al partido, fue con la almohada de una cabaña del Automóvil Club Argentino.

Domingo, día del partido. Nada peor podía pasar, pero la jornada recién comenzaba. El barrio La Ciudadela, patrimonio de San Martín, nos esperaba con la policía provincial sedienta de balas de gomas para porteños. No importaba que fuéramos del conurbano.

Ingreso caótico en el segundo tiempo. Tribuna abarrotada, calor extremo y Boca caía 1 a 0. Mi cabeza sólo podía pensar en cómo iba a afrontar el viaje de vuelta, 4 de la mañana del día siguiente.

El peor viaje de mi vida junto a Boca nos regaló una victoria inesperada por 2 a 1, fundamental en el torneo. La salida se guardaba un regalito. Agobiado por el calor, me acercaron una botella para mojarme la cabeza. Era Sprite.

¡Chau Tucumán! Nos volveremos a ver dentro de 10 años en un viaje familiar.

Oliver Twist

Pilar Lepretti

Desperté en una habitación sin ventanas, oscura, con humedad. Me encontraba sólo, con las manos atadas, no lograba entender dónde estaba.

Comencé a buscar una salida había una escalera, pero la puerta estaba trabada. Grité, pero nadie respondió. A las horas llegó Fagim quien me amenazó para que no escape y cuente lo que sabía, que mandaban a los niños a robar. A cambio me ofreció permanecer en esta casa, trabajando para él.

Estaba tan débil, herido, hambriento y con mucho sueño. Quería dormir, pero el dolor causado por los golpes no me lo permitía. Decidí rendirme, o al menos, aparentar que lo estaba. Así me dejarían salir de esa habitación oscura y fría.

Así fue, me sacaron del sótano y me llevaron a la sala con los demás. Fue ahí donde me contaron mi nuevo plan: volver a la casa del señor Brownlow, robarle y llevarle ganancias a Fagim una vez por semana. Cosas valiosas de la casa que luego se pudieran vender.

Sino las consecuencias serían graves, bastaba con ver mi rostro. Me amenazaron incluso con hacerle daño al señor Brownlow, si me escapaba o advertía algo de esta situación.

Entonces me encontraba con un gran dilema: ¿qué hacía? ¿Le robo a la única persona que me trato bien en este mundo o le advierto? ¿Y si algo malo le sucedía por mi culpa? Nunca me lo perdonaría. Si escapo, ¿adónde iría? Otra vez caminar hasta desangrar.

En el lugar equivocado

Karen Maillo

Mi nombre es Andrea, una niña muy feliz de solo ocho años, pero un día mi vida iba a cambiar.

Una noche muy tranquila, salimos con mi familia a pasear, me metí entre la gente hasta llegar a una plaza muy iluminada pero solitaria, sin darme cuenta comencé a jugar. Mientras bajaba del tobogán escuché voces de dos hombres peleando y de repente vi como uno cayó lleno de sangre, casi sin respirar, mi cuerpo temblaba de miedo, sólo quería ir con mi mamá.

El hombre me vio, comencé a correr y todo se volvió oscuro. Recuerdo haber llegado a donde estaba mi madre y le cuento lo que vi, ella muy enojada y sin creerme me llevó a casa. Fueron noches sin dormir, sin poder hablar.

Tras un mes del episodio, caminaba hacia la escuela, un hombre me agarró y me dijo que caminara normal. Era él, me había encontrado, me llevó, me martirizó estaba cautiva. Mi agonía era un infierno y con casi nueve años sólo quería morir, lo único que pensaba era que alguien me buscaría.

Pasaron tres años y todavía seguía en esa habitación mis días se hacían cada vez más duros; pasé por cosas que no se las deseo a nadie. Él me abusó, me pegó y me privó de mi libertad.

Pensaba porque nadie me encontraba; muchas cosas se me venían a la mente, entre ellas matarlo. No merecía vivir pero como cargaría con eso; lo imaginaba día y noche.

No recuerdo bien que día, ya no recuerdo en qué fecha estaba. Sólo recuerdo que lo espere y le di la muerte más dolorosa que merecía tener, pero con mi corta edad no viviría con un muerto. Había decidido morir, sin embargo, antes llamé a la policía para que cuiden de Lorenzo, nuestro hijo de tan sólo seis meses.

En el silencio de la noche

EricaMazzeo

A las 3 AM, me levanté de la cama y fui en busca de un vaso de agua, cuando de repente en el silencio de la noche, escuché unos ruidos, era como si alguien robusto estaba caminando sobre el techo. Las maderas se quejaban y las chapas crujían.

El cuerpo se me aflojó y mi corazón latía cada vez más fuerte el vaso de agua se me cayó y quedé totalmente paralizada. Atenta a cualquier ruido o movimiento fui corriendo hasta la habitación para esconderme debajo de la cama.

El viento soplaba con fuerza, las hojas golpeaban la ventana y pasaban por debajo de la puerta. De pronto escuché en el patio que se cayeron las maceras que estaban apoyadas en la medianera del vecino. Sentí un escalofrío en el cuerpo, salí de debajo de la cama y corrí hasta la cocina.

Unas orejas puntiagudas se veían tras el vidrio de la ventana. De repente, Toto, el gato del vecino empezó a maullar y a fregar su cara contra el vidrio, en busca de alimento.

Con un profundo respiro, sentí que me volvía el alma al cuerpo.

¡Qué ganas de tomar unos mates!

Ezequiel Pollero

–¿Qué tal si tomamos unos mates?– dijo Cristina mirando para todos lados.

–¡Ya era hora de que alguien lo diga! Vine a cobrar un cheque y ya estoy podrida de esta cola infernal– dijo Hebe señalando una fila interminable.

–Yo pasaba por acá y entré cuando los vi. No podía perderme la oportunidad de hablar con ustedes– agregó Franco.

Aguer estaba más atrás, parado y con absoluta seriedad y una voz grave se sumó a la conversación:

–Yo vine a sacar los dólares que deposité cuando asumió Mauricio. Parece que la economía no es su fuerte.

–¡Pero che! ¡Otra vez mi hijo! Le advertí que se quedara en Boca, que se iba a mandar una cagada, pero es duro...

Cristina se decidió y, mirando a todos con sonrisa pícara, empezó la ronda:

–Todavía se puede tomar mate. Como estamos ni yerba vamos a poder comprar. ¡Mirá que les dejamos un país desendeudado!– alcanzándole el mate a Franco. –

¡Ustedes hicieron guita con nosotros!– le dijo mirándolo a los ojos.

Franco sólo pudo reír antes de la interrupción de Hebe, indignada.

–¿Guita con ustedes? Vienen robando desde la dictadura cívica, militar y eclesiástica. Estatizó toda su deuda, entró con 5 empresas y salió con 43.

Hebe continuó descargando su enojo mientras Aguer intentaba cambiar de tema.

–¡Y vos cállate, viejo sátrapa! ¡¿Dónde quedó Cristo cuando secuestraban a nuestros hijos y nietos?! Me parece que se hizo mucho, pero faltó otro tanto. Encima ahora tenemos al bobo de Mauricio hablando de pesada herencia, ¡esta familia no tiene vergüenza!

-¡Nosotros somos capitanes de la industria, sacamos al país adelante, sin nosotros no hay futuro! Además, la madre de Mauricio es Blanco Villegas, fusioné nuestra familia a la oligarquía terrateniente.

Franco interrumpió, erguido, mientras levantaba la frente y miraba al horizonte.

-¡Sabés bien que nada tienen que ver con sacar el país adelante!- gritó Cristina indignada mientras Franco gruñía.

-¿Alguien me da un mate?- dijo Aguer mientras hacía gestos con los brazos. -¡Se ponen a discutir y no paran!

-¡No te hagas el enojado y tomá el mate! A ver si tenés que explicar de dónde sacaste los dólares- le contestó Hebe enojada ante la interrupción.

Aguer, titubeando, explicó que eran futo de su trabajo y cambiando de tema rápidamente, comentó que había decidido retirarse.

-Dejo todo en buenas manos- le dijo a Franco golpeándolo con el codo suavemente en busca de complicidad.

-No te confíes mucho- sentenció Franco sorprendiendo a Monseñor. - Mauricio tiene un único dios, el dinero.

-Así son los oligarcas terratenientes. El Presidente es una caja de Pandora, lo subestimamos.

Cristina miró a Franco y continuó:

-¿Te acordás cuando fuimos a China? ¡Vos también lo subestimabas!

-Sigo pensando lo mismo, pero Mauri tiene habilidades también. Además, tiene ayudita externa, viste.

Hebe no pudo contener su ira e increpando al soberbio y orgulloso padre gritó:

-¡¿Ayudita?! ¿Los vecinitos del norte? ¡¿Por qué usan diminutivos para hablar de esos soretes?! ¡No te olvides de las corporaciones mediáticas! Tu hijo no gobierna. Gobierna una coalición de medios, bancos e industrias.

Asintiendo con la cabeza, Cristina le recordó a la Madre la derogación de la ley de medios mientras ella se seguía enfureciendo.

La impaciencia del grupo comenzó a acrecentarse. Ya nadie quería seguir esperando. Nadie quería seguir ahí.

Justo cuando Franco y Aguer comenzaban a empujar a quienes tenían adelante, apareció un empleado del banco. Asustado, comunicó a aquella cola que

habían sido confiscados los depósitos. Mientras las persianas se cerraban tras su espalda, la gente comenzaba a enfurecerse.

-¿Y ahora?- se preguntaron todos mientras se miraban.

-Me voy a ayudar a Mauricio con el helicóptero. ¡Le dije a mi nuera que no hiciera una huerta en la terraza!- Franco se alejaba hacia su auto blindado, rápido y con resignación.

-Me voy a rezar- sollozó Aguer.

-¡Sabía que esto iba a pasar! Me voy a la Plaza, de la que nunca nos fuimos- dijo Hebe mientras se ataba bien fuerte el pañuelo. -¿Y vos? ¿Qué vas a hacer?

-Me voy a salvar la Patria, lo que sabemos hacer-Cristina se alejó con lágrimas en los ojos.

Lo barato sale caro

Giancarlo Ramírez

Recuerdo que llegaban las vacaciones. Enero era el mes que elegíamos con amigos para disfrutar y relajarnos siempre. Nos organizábamos con anticipación para poder realizar lo planeado. Esta vez, habíamos elegido Perú como destino. En parte los había convencido yo porque tengo familiares y quería verlos.

El viaje se empezaba a acercar y yo no tenía todo el dinero que necesitaba para los gastos. Decidí irme en micro. Por nada del mundo iba a perderme el viaje. Todos mis amigos ya tenían sus vuelos comprados porque sabían que eran muchos kilómetros. En cuatro horas estarían allá, mientras que a mí me esperaban cuatro largos días.

Esos cuatro días dormí sentado en un colectivo furgón. Fatal para mi cuerpo. Me dormía, me despertaba, pero nunca llegábamos.

Entre los pasajeros nos empezamos a conocer cada vez más y ya éramos una familia. Durante todas las horas que estuvimos juntos, conviviendo, jugábamos a adivinar, haciéndonos los cancheros, cuánto faltaba para llegar a Perú.

Fue el peor viaje de mi vida si pienso en el tiempo que tardó aquel colectivo en llegar y todos los controles fronterizos que tuvimos que pasar. Pero habiendo llegado a destino, pasamos unas buenas vacaciones entre amigos. Sobreviví a ese viaje y fue una buena decisión no perdermelo.

El Conde de Montecristo

Juan Martín Romero

Una vez libre, Edmundo dejó de pensar en la tan ansiada venganza. Para que esto pasara, debía volver a Marsella, y ni siquiera sabía dónde estaba.

Poco a poco, empezó a entender la situación y comenzó a buscar madera para hacer una balsa pequeña. El sentirse libre lo hacía olvidar, al menos, del hambre que lo acompañaba desde hacía mucho tiempo.

Su libertad estaba limitada por la distancia que existía con el mundo. Era libre pero estaba absolutamente solo. Pasaban los días y no lograba terminar la balsa. El hambre volvía, la locura crecía. La soledad dejaba cada vez más lejos la idea de venganza, pero acercaba aún más los recuerdos de su amor, entristeciéndolo cada día.

Por fin llegó el día. La balsa estaba lista y era momento de emprender viaje. Comenzó a navegar entusiasmado y decidido en una dirección que creyó correcta. Nunca más apareció. Sólo se encontraron registros de Edmundo en una isla cerca de Italia, dentro del cofre de un tesoro. Una nota dirigida a quienes lo habían traicionado, Villafort y Mondego.